

EL SANTO

Caterina Riba Dani Torrent Laura Casaponsa

Calligraf

El Santo

Caterina Riba
Dani Torrent
Laura Casaponsa

Edicions Cal·lígraf
Figueres, 2017

Primera edició
— noviembre 2017

Publicación

Edicions Cal·lígraf, SL
Monturiol, 2, 1er 1a
17600 Figueres
Tel. (0034) 615 261 764
www.edicionscalligraf.com
info@edicionscalligraf.com

Maquetación

Jaime Vicente

Impresión

Reprogrir

ISBN

978-84-947598-1-9

Depósito legal

GI-1443-2017

© del texto

Caterina Riba

© de las ilustraciones

Dani Torrent

© de la música

Laura Casaponsa

© de esta edición

Edicions Cal·lígraf, SL

*Queda rigurosamente
prohibida, sin la autorización
por escrito de los titulares
del copyright, la reproducción
parcial o total de esta obra
por cualquier medio
o procedimiento, incluyendo
la reprografía y el
tratamiento informático.
Las infracciones de estos
derechos están sometidas
a las sanciones música
establecidas en las leyes.*

Para Elsa García Taranilla

EL SANTO

Caterina Riba Dani Torrent Laura Casaponsa



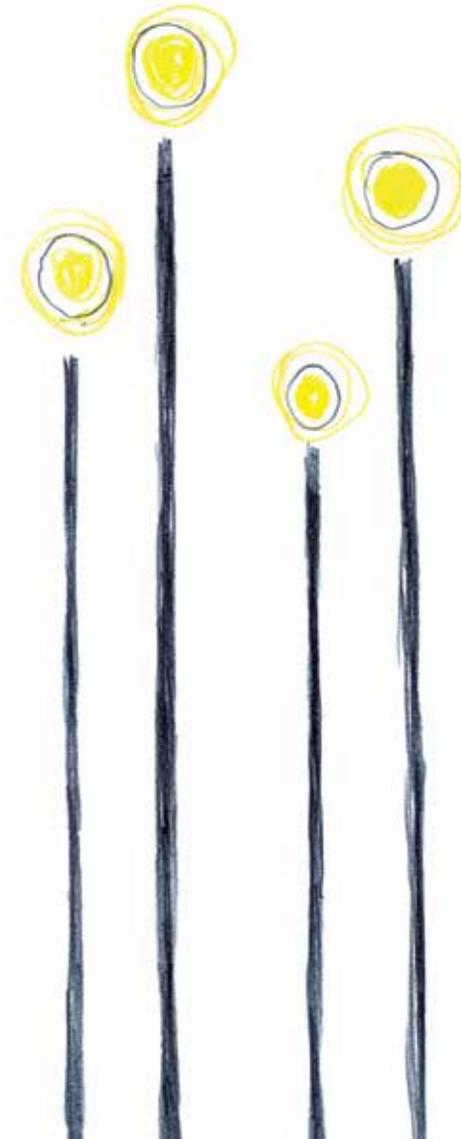
Acompañamiento musical

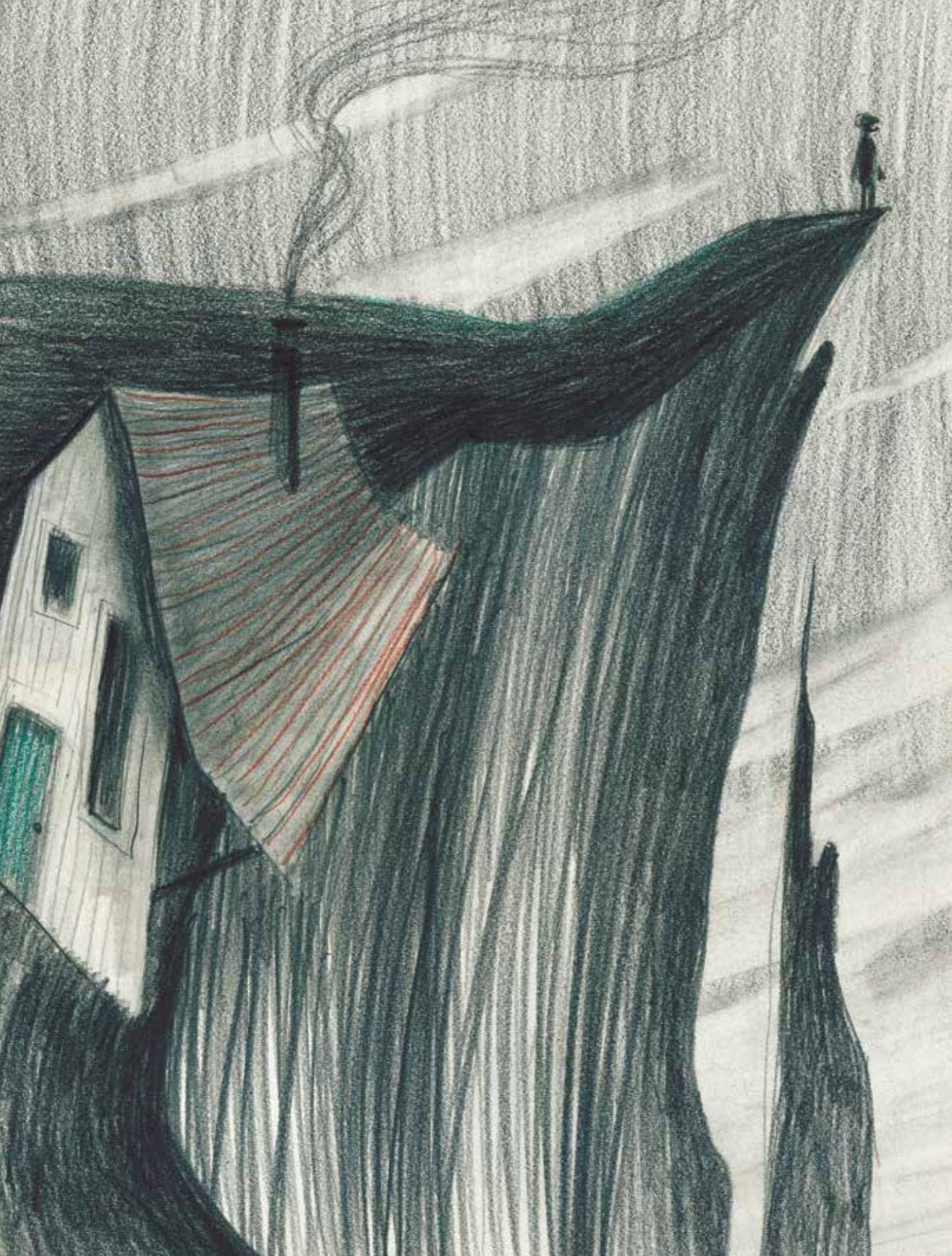
Esta obra está pensada para que el lector se sumerja en la acción de los personajes a través de la lectura, de las ilustraciones y de la música, concebidos como elementos indisolubles.

La música sigue un esquema similar al de las películas. La compositora ha creado expresamente una partitura en la que subraya aspectos y recrea atmósferas con el objetivo de contribuir al relato.

Para disfrutar plenamente, es aconsejable acompañar música y lectura y a tal efecto señalamos a pie de página la minutación correspondiente a la música.

Podéis acceder al archivo de audio en el siguiente enlace:
http://www.edicionscalligraf.com/sound/el_santo_bso.mp3





Más allá del pueblo, siguiendo por el camino de las colinas, la tierra acababa por sorpresa en un despeñadero tallado toscamente, como si Dios hubiese estornudado con violencia en ese preciso momento de la creación. Allí, en la frontera entre la tierra y la nada, había una casita que, por su ubicación, tenía algo de prepotente, aunque tal apariencia quedaba compensada por el aire estrábico que las dos ventanas asimétricas conferían a la fachada. Su único habitante, de nariz escarpada y rostro peñascoso, pasaba los días de pie en el extremo del abismo y, a lo largo de la jornada, su figura desmadejada se iba invistiendo de dignidad. En las puestas de sol, a contraluz, agazapado detrás de una roca, yo observaba tras su descrinada cabeza una mandorla natural y, aunque los del pueblo le llamaban el Loco, yo creía que se trataba de un santo, como el de las imágenes de hombres aureolados que poblaban el pequeño altar de mi abuela.

Mi abuela Magdalena estaba enferma y ya no salía de su habitación, que, contigua al despacho de mi padre, daba a la escalinata. Yo quería preguntarle si los santos y los mártires siempre iban despeinados, pero las lámparas anémicas y la atmósfera sagrada de su estancia me impedían articular palabra cuando se me permitía entrar a verla. Ella yacía dentro del marco imaginario creado por las cuatro bolas doradas que decoraban los vértices de la cama cual soles bruñidos y me hacía señas para que me acercara. Me arrodillaba a su lado y ella me acariciaba el pelo con su mano de luna apergaminada. Cuando la abuela entreabría los párpados, las bolas chispeaban en sus ojos fatigados, un reflejo en el que parecía concentrarse toda su devoción. Yo recorría con los dedos la colcha de ganchillo e introducía el meñique de forma rítmica en los diminutos agujeros. Rodeado de figuritas piadosas, cerraba los ojos y me imaginaba al Santo, con su vetusto atavío y su cabello al viento. Pensaba en lo que sucedería cuando se cansara de que las gentes del pueblo le llamaran el Loco.





Las visiones premonitorias de Manolo el Retales, un vecino del pueblo que había sido mutilado por un jabalí mucho antes de que yo naciera, preconizaban grandes desgracias. Desde la cima del precipicio, el hombre de la colina desataría impetuosas lluvias y los largos dedos afilados de la tormenta se ensañarían contra la tierra, agujerarían tejados y se inmiscuirían por todas partes. Los ríos sacarían pecho, se abalanzarían sobre las lagunas en un abrazo turbulento y el agua arrasaría el pueblo. Después del diluvio, la cama de la abuela Magdalena flotaría entre los escombros, el delantal de Jacinta, la oronda cocinera, acabaría hecho jirones entre los juncos, y la vara de mi tutor serviría de apoyo a los pájaros, que cantarían risueños, ajenos a los infortunios del pueblo. ¡Alguien tenía que salvar a la abuela Magdalena! ¡A mis padres! ¡A las criadas! ¡Y a mi amigo Pedro!

